

El comienzo del paraíso

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Edmundo Paz Soldán, *El comienzo del paraíso*
Primera edición: noviembre de 2025

ISBN: 978-84-8393-371-8
Depósito legal: M-16087-2025
IBIC: FYB

- © Edmundo Paz Soldán, 2025
c/o The Wylie Agency
- © De la ilustración de cubierta: Marcela Ribadeneira, 2025
Collage, incluye el embrión intervenido de una foto de Teresa Zgoda y Teresa Kugler.
- © De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2025

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Edmundo Paz Soldán

El comienzo del paraíso



ÍNDICE

El increíble hombre del pantano	13
Sideral	23
La madre	35
Soy una tortuga	49
La reserva del puma	65
Las enloquecidas estrellas	87
Mi problema con los fantasmas	105
Animales de la península	125
Aire	145

a Lily

a mi madre, Lucy

*Camino
Con ese lobo
Que ya no existe.*

Toshio MIHASHI

EL INCREÍBLE HOMBRE DEL PANTANO

EL PILOTO ABRIÓ LOS OJOS y la oscuridad lo abrazó. No veía luces por ninguna parte. Tardó en descubrir contornos: fierros sobre su cabeza, un vidrio hecho trizas. En torno a él flotaba un polen dorado.

Una voz ronca de mujer le preguntó si lo copiaba, y el ruido de la estática la interrumpió. Quiso moverse y no pudo: algo lo empujaba contra el asiento. Escuchó un burbujeo y lo invadió un olor a podrido, el de las flores cuando las mataba el calor del verano y revoloteaban las moscas. Un líquido espeso lo rodeaba, como si estuviera metido en una sopa fría y grumosa. Las raíces aéreas sobre su cabeza se deslizaron sinuosas, entregándole su fragancia de almizcle mientras se preparaban para abalanzarse sobre él, o eso al menos pensó el piloto.

Una planta sumergida asomó su corona púrpura. El piloto creyó tocar un alga interminable y resbalosa, bañada por una sustancia viscosa como clara de huevo. Las ranas

croaron y el sonido raspó su garganta. La voz volvió a preguntar si lo copiaba. El tono era familiar, ¿dónde lo escuchó antes?

Un fierro le punzaba el pecho. Sus mejillas habían perdido dureza y parecían de mermelada. El polen entró en los ojos y las pupilas ardieron. Pestañeó tratando de expulsarlo. No veía gran parte de sus brazos, tampoco las piernas: desde el pecho hacia abajo, su cuerpo se escondía. Era solo una mente que registraba cosas, una mirada que procesaba el entorno, oídos en los que el sonido reverberaba. O acaso se trataba de una caída hacia arriba y el suyo no era un caza bombardero sino un cohete que acababa de explotar en el espacio, sus pedazos diseminándose entre estrellas mientras él flotaba arrastrado hacia el confín del universo.

En la nebulosa estalló algo semejante a la verdad: sí, eso era, el piloto de un caza que había salido en una misión de reconocimiento. ¿Dónde estarían sus compañeros? ¿Habrían caído también? Si gritaba, ¿lo escucharían? ¿O se habrían perdido en la planicie? Porque se trataba de una planicie. Eso fue lo último que vio, antes de que escuchara un ruido extraño en el fuselaje y se sintiera en caída libre.

Las ramas seguían enroscándose contra él. Un movimiento leve de las hojas, y se abría una boca enorme: él podía ver las espinas en esa cavidad carnosa.

—Hemos salido a buscarte —continuó la voz—. Ten paciencia, está difícil. La artillería enemiga no nos permite acercarnos.

—¿Dónde estoy? Solo díganme dónde estoy.

—El lugar no es de fácil acceso. Haremos todo por rescatarte.

—¿Dónde estoy? —volvió a preguntar. Hubo un silencio, e insistió. Necesitaba mantener una conversación con al-

guien. Que el flujo de las palabras lo distrajera de la sopa en la que flotaba y las ramas vivas que querían ahorcarlo, del pantano al que había ido a dar. Una caída sin suerte. Hubiera sido mejor precipitarse sobre árboles capaces de amortiguarlo.

El ruido de la estática le recordó el sonido del equipo de música de su hermana. Ludmila respiraba como si se ahogara y era cantante de una banda de música electrónica. A los ocho se columpiaba en neumáticos con las chicas del barrio y pasaba horas con ellas, suspendidas de cabeza en las barras de hierro del parque o haciendo equilibrio en una sogá atada entre dos árboles mientras los chicos jugaban al fútbol, a los doce se ponía a escondidas los vestidos de mamá y cantaba delante del espejo acompañada por una crepitante grabación de aplausos. Orinaba de parada, se rapó el pelo, decía llamarse Ludmilo. Ludmila siguió su camino pese al rechazo de los padres, él un dentista que veía comedias en la tele mientras esperaba pacientes, ella una inspectora de impuestos que miraba a otro lado para ayudar a los amigos. Ludmila usaba pantalones y blusas apretadas para su peso, su carne gelatinosa quería escaparse a una nueva vida, menos dispuesta a la censura. Entró en la universidad y la dejó, se fue a vivir a un edificio abandonado del centro junto a otras amigas. En sus noches de franco, el piloto la acompañaba a bares de barrios marginales hasta la madrugada; se escondía detrás de una gorra y gafas oscuras, le gustaba esa vida tan diferente a la disciplina militar, en los tiempos antes de la invasión. Comenzaban con nintendocore –Ludmila era genial con el sintetizador y los chiptunes para evocar el ritmo de Zelda, Castlevania o Super Mario–, luego el baile se volvía frenético con tres o cuatro canciones de spacesynth –un emulador de un

sintetizador analógico creaba efectos de sonido que evocaban imágenes de naves espaciales, planetas desconocidos, viajes a través de la galaxia—, y en el cierre se entregaban al synthAI: Ludmila sola frente a chiquillos borrachos y drogados que se empujaban hasta caer al piso pringado de cerveza y la insultaban, ella imperturbable, utilizando una laptop para crear composiciones y melodías a través de algoritmos y redes neuronales.

De verdad, ¿tenía una hermana llamada Ludmila?

«Ahora sí», pensó. «Es un pantano».

Sintió en los huesos el frío líquido que lo rodeaba. Un caldo inmemorial se preparaba durante milenios, esperando con paciencia ese lejano momento en que un caza llovería del cielo junto a su piloto extraviado. Un lugar lleno de fósiles y bacterias sumergidas que ningún científico había descubierto todavía, conjurándose para abrazarlo en su caída. En alguna parte debía terminar todo. Recordó, días atrás, la conversación en el comedor de los oficiales sobre esa guerra desigual, bajo banderas colgadas del techo que evocaban la patria y sus amores mientras ellos se desangraban, sabedores de que el final no estaba lejos: una bomba, una granada, un misil, incluso un ataque nuclear. Un piloto de bigote sutil, recortado como para no escaparse más allá de las comisuras de la boca, había dicho que quería una muerte dulce, dormido mientras su caza se hundía en las aguas de un océano color miel y lo abrazaba una estrella de mar. Qué poético, dijo uno. Qué tonto, dijo otra. No hay muerte dulce en un avión, dijo él alzando la voz y pensando en aquella vez en que se había besado con ese piloto de bigote sutil a la salida de una fiesta, en el estacionamiento, bajo la luz de una luna que se derramaba sobre todos ellos en ese tiempo feliz en el que no los convocaba la guerra.

«No el mar», pensó, «sino un tonto pantano».

Las fuerzas enemigas habían atacado con armas químicas cerca de la frontera. Era lo impensado, puesto en marcha como forma de acortar los tiempos ante un enfrentamiento que se prolongaba demasiado. El gobierno nacional elevó una queja, vivía mucha gente en esos pueblos, y un arco de cientos de kilómetros era territorio restringido oficialmente porque arqueólogos de varios países trabajaban de forma conjunta en excavaciones «fundamentales para el conocimiento de nuestro pasado compartido». Enviaron al equipo del piloto en misión de reconocimiento, a confirmar lo descubierto por los drones. Eran cuatro cazas. Recordaba el impacto de las balas en el fuselaje, el tartamudeo del motor. Intentó usar el paracaídas y no se eyectó a tiempo. El caza perdió altura y él enrumbó al bosque, lejos de la ciudad de casas humeantes tomada por las tropas enemigas, del edificio del teatro donde se refugiaba la gente, destruido a punta de misiles (ciento cincuenta y tres muertos), de la radiación que se propagaba rápidamente a través de partículas invisibles. ¿Dónde estarían los demás? Seguro no mejor que él.

—Por favor, di algo. ¿Me copias?

No tenía memoria del impacto. No sabía cuánto tiempo había estado ahí. El pantano se había comido la mitad del avión, no debía ser profundo y eso lo salvó. El pico del caza se había estrellado contra el fondo.

—¿Me copias? Soy Ludmila.

El piloto se sorprendió. La inconfundible voz de su hermana, herida por el tabaco. ¿Era ella desde el principio?

—¿Ludmila? ¿Qué haces ahí?

—Me llamaron a la base de emergencia. Me contaron lo ocurrido. Estoy aquí para ayudarte a atravesar este momen-

to. Por favor no te derrumbes. No te dejes vencer. Dime qué quieres escuchar. Puedo componer lo que quieras, convocar a la cantante que se te ocurra.

El piloto sintió que se le hinchaba el pecho. Su jefe era capaz de esos detalles.

—Ludmila, qué lindo escucharte. Quiero que sepas... si en algo te ofendí, perdón.

—Me ofendiste muchas veces. Tu vida fue una ofensa continua.

—Pero... no es el momento.

—Esas noches que salías con nosotras, ¿crees que no me daba cuenta de tu incomodidad? Mis compañeras me lo decían, se te notaba en la cara. No debe ser fácil. Pero no he venido a reprocharte nada. Estoy aquí para apoyarte a que salgas adelante.

—Hice todo lo que pude.

—Uno hace todo lo que puede, y luego llega la nada.

—Ludmila, ¿de verdad eres tú?

—Uno es experto en la nada, y como el país no le ha dado nada, ofrece su vida para devolverle esa nada que le ha dado.

—¿Ludmila?

—Luego llega la nada. Luego llega la nada. Luego llega la nada.

El eco de la estática escupió el silencio. No, no podía ser ella. Su cerebro le jugaba una mala pasada. Se disolvía en esa sopa que lo acompañaba.

Debía despertar. Se hallaba solo como al principio, perdido en esa inmensidad herida. Milenios antes habrían pasado en esa estepa los antepasados de los caballos y los bisontes, y seguro cerca del pantano, en la zona arqueológica, se encontrarían todavía no descubiertas tumbas de reyes antiguos, enterrados junto a piezas de orfebrería, armas,